

MARX Y LA INSCRIPCION DEL TRABAJO

El solipsismo singular es una postura en la que el lóbulo cerebral que abarca la actividad de la conciencia es el único que existe y el universo exterior es sólo un ilusorio abdenominación. **Por JEAN-JOSEPH GOUX**

Por JEAN - JOSEPH GOUX

Jacques Derrida, *De la Grammatologie*, pág. 64.

“En su forma *valor*, la mercancía no conserva la menor *huella* de su valor de uso primero del trabajo útil particular que le ha dado nacimiento”¹.

Karl Marx, *el Capital*, Libro I. Cap. III.

VALOR DE USO Y VALOR DE CAMBIO

De manera privilegiada, y a menudo exclusiva, el lenguaje es concebido (en la historia occidental) como un conjunto de signos de cambio. Ya sea bajo el aspecto comunicativo, expresivo, o incluso más sutilmente, dentro de la opción del criterio de traductibilidad como característico de todo lenguaje, se alude siempre al signo considerado como uno de los elementos de una transacción comercial. De modo unánime (de Aristóteles a Martinet) el acento se ha colocado sobre el *valor de cambio* de los signos —sobre su función dentro del proceso de circulación—.

Nosotros pretendemos afirmar que el signo (*como todo producto*) posee también un valor de uso. Históricamente desconocido. —Silenciado—. Por valor de uso de un producto se entiende no solo el hecho de que pueda servir “inmediatamente” como objeto de consumo, sino también el hecho (que desde el comienzo es más decisivo para consolidar la analogía entre signo y producto) de servir “por una senda desviada”² como *medio de producción*. A decir verdad, así como un producto es el medio de producción de otros productos (constituye el *desvío* por el cual se fabrican otros productos mediando un cierto gasto de fuerza de trabajo) los signos (ya sean conjuntos de signos o partes de conjuntos) forman los medios de producción de otros signos (o bien de otras combinaciones de signos).

Así, pues, el desconocimiento del *valor de uso* de los signos, no es otra cosa sino el ocultamiento de su valor productivo. Ocultamiento del trabajo o del juego de los signos, sobre otros signos o con ellos. El valor operatorio, la eficacia propia de los signos en la producción, el *cálculo*, la instancia puramente combinatoria, aquello en fin que podríamos llamar con un término felizmente ambiguo la *fábrica del texto* (trabajo y estructura, fabricación y modalidad), se encuentra borrada (o mejor dicho, olvidada/reprimida) bajo la transparencia negociable (del sentido).

Sobre la base de esta oposición entre valor de uso y valor de cambio, tomada de la economía política, alcanzamos un punto de partida esencial, el cual implica a todo el campo del lenguaje y de la escritura y que deberá probar su pertinencia a través de los prolongamientos y aproximaciones que parece estar autorizando respecto de la instancia de la economía.

Ahora bien: es preciso averiguar de qué manera se combinan, más precisamente (en el campo de la economía) las relaciones entre el valor de uso y el valor de cambio. Sigamos por un instante el análisis de Marx.

El punto de partida esencial reside en que “se hace abstracción del valor de uso de las mercancías cuando se las cambia; y que toda relación de cambio inclusive es caracterizada por esta abstracción”³. Cada uno de los productos cambiados es reducido a una medida común, llevado “a una expresión por completo diferente de su aspecto visible”. Es decir, en primer lugar, si “todos los elementos materiales y formales que daban a los productos su valor de uso desaparecen a la vez”, simultáneamente, en segundo lugar, desaparecen también (doble desaparición que para nosotros es decisiva) “todas las formas concretas diversas que distinguen a una especie de trabajo de otra especie de trabajo”. En consecuencia, lo que entra en juego en el proceso de intercambio no es más que “el residuo de los productos del trabajo”. Cada uno

de ellos se asemeja por entero al otro. Todos tienen una misma realidad fantasmagórica. Más aún, desde el punto de vista unilateral de la esfera de la circulación, todos los productos del trabajo se han "metamorfoseado en *sublimados idénticos*" (subrayamos).

En conclusión, de manera general, "ese algo común que se muestra en la relación de cambio de las mercancías es su *valor*".

Veamos claramente cómo este proceso, que acá hemos descrito dentro del campo de la economía política, halla su exacto homólogo en el campo del lenguaje y de la escritura. La oposición entre significante y significado no es nada distinto (aunque ello habrá de ser firmemente confirmado y analizado en sus consecuencias) de esta "escisión" entre el valor de uso y el valor de cambio. Lo que resta al cabo de una traducción (de un intercambio de significantes), es el significado. Este se concibe por lo general como aquello (ideas, sentido, conceptos) que puede permanecer intacto (incambiado) a pesar de las diferentes *formas* mediante las cuales se expresa. Es el *fondo*, el cual se concibe idealmente como susceptible de ser aislado de la forma. Y es posible afirmar cómo, al igual que el proceso de cambio, "esto es, la asimilación y la desasimilación social, se opera dentro de una metamorfosis formal en donde se muestra la doble naturaleza de la mercancía, la cual es alternativamente valor de uso o valor de cambio", —el proceso de cambio de los signos (el diálogo, la traducción—, la asimilación y la desasimilación propias del lenguaje) se opera en el interior de una metamorfosis formal en donde se muestra la doble faz del signo, la dicotomía aparentemente irreductible: significante / significado.

En consecuencia, si de una manera históricamente datable "sean cuales fueren la forma y el contenido de la actividad y del producto, estamos abocados (en la esfera de la economía) al *valor*" —(por cuanto "el cambio prevalece sobre todas las relaciones de producción")— nos enfrentamos en la esfera del lenguaje, descontando las diferencias, con este otro "*sublimado*" "fantasmagórico" que es el sentido. Así como "el cuerpo de la mercancía" y "las formas concretas diversas que distinguen una especie de trabajo de otra especie de trabajo"⁴ se abstraen en el proceso de producción burgués dominado por el valor que Marx describe, asimismo el cuerpo de la letra (y todo aquello que en la letra signa su irreductibilidad a toda traducción) se abstrae y se reduce en el elemento del sentido, en el interior de un cierto período histórico del cual somos prisioneros.

De manera limitada y precisa, a partir de esta prueba de la hegemonía paralela del sentido lingüístico y del *valor* de cambio de las mercancías, tendremos que trazar los contornos que esta homología propone, y reconocer sus decisivas implicaciones. Lo que efectivamente

está en juego aquí, es ante todo el principio de gradación: significante/significado/referente, (cuya genealogía, como más adelante indicaremos, puede aclararse mediante el proceso de circulación de las mercancías) y más profundamente aún, está en juego el proceso de extinción de la *escritura* —el cual se confunde de modo indisoluble (en ello habremos de insistir) con el proceso de ocultamiento y explotación del trabajo—.

LA PALABRA Y EL DINERO; LOS EQUIVALENTES GENERALES

El análisis que hace Marx de la mercancía en el libro primero del *Capital*, no puede menos de mostrar una cosa: si “en el origen”, el conjunto de las mercancías formaban entre ellas “un mosaico abigarrado de expresiones de valores opuestos y diferentes” poco a poco se estableció cómo se han expresado “los valores de todas las mercancías en una sola e idéntica especie de mercancía, desprendida del conjunto”. Se halló una mercancía susceptible de tornarse en “expresión general de valor”, en “equivalente general”. “Todas las otras mercancías han expresado su valor en el mismo equivalente”. Y más precisamente, “esta mercancía especial con la forma natural cuya forma equivalente se identifica poco a poco en la sociedad, se convierte en *mercancía-monedas* o funciona como moneda; su función social específica y consecuentemente su monopolio social, es jugar el rol de equivalente universal en el mundo de las mercancías”. De seguir fielmente este análisis, es obvio que podemos afirmar con todo rigor (en un paralelismo decisivo), cómo si en la esfera económica “la forma de intercambiabilidad directa y universal, esto es, la forma equivalente general, se ha identificado en razón de los hábitos sociales, en la forma natural específica de la mercancía-oro”, también se encuentra identificada en la esfera de los signos, bajo la forma de los *signos de la palabra*. Es preciso recalcar bien, en efecto, cómo el *uso* de los signos no es, de una manera especialmente privilegiada, el de los signos lingüísticos. Sea que se trate de gestos, de dibujos, de señales, de “síntomas”, y finalmente de objetos cualesquiera, nada limita la noción de uso de los signos. No obstante ocurre que un cierto tipo bastante particular de signo ha adquirido —en medio de todos estos signos— una importancia privilegiada, a saber: los signos de la palabra; los signos de la palabra, en efecto, de manera muy particular, han sido investidos del poder de retener el sentido, es decir, valen por cualesquiera otros signos. Ello es evidente, tanto en el caso de la mercancía-monedas como en el caso de la palabra, por razones de comodidad social. En realidad, hace falta que la mercancía-oro (o dinero) “sea susceptible de diferencias puramente cuantitativas; es preciso poder dividirla y recompo-

nerla a voluntad". Análogamente, seguiremos en este punto la indicación de Merleau-Ponty (aunque más adelante, refutaremos su texto en otro aspecto) según la cual "el gesto verbal" es apenas un gesto entre otros muchos, "si bien es una gesticulación tan variada, precisa y sistemática", que es capaz de efectuar recortes y diferenciaciones más numerosas que cualesquiera otros gestos o signos. Es preciso añadir: más numerosos que cualesquiera otros gestos o signos que son tan fácilmente *disponibles* en toda ocasión. Los signos de la palabra poseen pues el carácter de *disponibilidad*.

Ahora bien: en consecuencia, —y este es un punto capital— del mismo modo como "la forma dinero no es más que el reflejo, añadido a una mercancía especial, de las relaciones de todas las otras mercancías" puede afirmarse cómo, por constituir un sistema de signos (la lengua), el lenguaje hablado no es más que el reflejo de la relación de todos los otros signos, que se ha agregado a un tipo de signos especiales. El movimiento es idéntico en los dos casos. En la economía "es necesario que, por oposición a los cuerpos variados de las mercancías, el valor revista al *fin de cuentas* esta forma curiosa, pero puramente social" (la moneda). Y esto es posible a pesar de que "en las denominaciones monetarias desaparezca toda traza de la relación de valor", así como de todas formas, "el nombre de una cosa es completamente extraño a su naturaleza", y al igual que "nada sé de un hombre cuando sé que se llama Jacobo". De hecho, "al ver la moneda no se adivina la especie de mercancía que representa; todas las mercancías se asemejan en este aspecto. La moneda puede entonces ser arcilla, sin que la arcilla sea moneda". Tampoco hay ninguna relación en el término de un proceso que hace de la palabra el equivalente general de todos los otros signos, entre los signos lingüísticos y lo que éstos representan. Si "la forma dinero de las mercancías, tal como su forma valor en general, es una simple forma ideal, distinta de su forma valor en general, una simple forma física real y tangible", asimismo la *forma palabra* de los signos es una forma ideal, distinta de su forma no lingüística, en la cual, empero, reflejan ellos sus relaciones.

Resulta ciertamente notable cómo el análisis crítico de Marx, de considerarse en sus relaciones con la escritura, perturba el sistema del signo. Lo que aquí se denuncia, a tiempo que se afirma la distinción entre signos lingüísticos y signos no lingüísticos, no es nada menos que la *mistificación lingüística y política de la gradación: significante/significado/referente*. En efecto, como hemos señalado, "lo mismo que la forma dinero no es sino el reflejo que se ha agregado a una mercancía especial, de las relaciones de todas las otras mercancías", habremos de considerar que la palabra no es más que el reflejo de las relaciones de todos los otros signos, atribuído a un solo tipo de signos.

cubierta-oro del escritor (su palabra) corresponde a su escritura. Si posee el fondo que cubre su forma. Las relaciones entre el fondo y la forma que suscita la lectura moralizante se reducen, entonces, al temor del cheque sin provisión, de la estafa. Este temor sólo se hace posible por cuanto la escritura aludida no es por sí misma operatoria, productiva, y por cuanto al seguir la misma ideología, se confina dentro de un simple rol de numerario de reemplazo de una palabra plena.

LA ABSTRACCION DEL TRABAJO

Las consecuencias de la ilusión monetaria no sólo son apreciables en virtud de separar el dinero del valor y el valor de la mercancía. Esta triple gradación encuentra su función y su funcionamiento en el disimulo esencial que ella hace factible, a saber: el disimulo de la producción concreta.

Veamos en primer lugar su equivalente en el seno de la lengua. "El medio de producción del signo," escribe Saussure, "es completamente indiferente, puesto que no interesa al sistema... Sea que yo escriba las letras en blanco o en negro, en hueco o en relieve, con una pluma o con un buril, este hecho carece de importancia para su significación"⁸. Este punto es esencial. El sistema del sentido es indiferente a la producción del signo. La huella laboriosa, como uso productor, no hace parte, como tal, de la esfera del sentido. Ahora bien: este mismo proceso de disolución de la huella por el valor, tiene lugar igualmente en la producción/circulación de las mercancías. Marx escribe de manera significativa: "en la forma valor, la mercancía no conserva la menor huella (*Spur*) de su valor de uso primero ni del trabajo útil particular que le ha dado nacimiento"⁹. Sin embargo, no es solamente el trabajo productor el que es opacado por el sentido (el valor) que se cristaliza en la palabra (la moneda), sino que también las relaciones de producción son ocultadas. "La mercancía desaparece en cuanto se convierte en moneda", escribe Marx, "mas por mucho que examinemos la moneda, no percibimos cómo ha llegado hasta las manos de su poseedor, ni vemos de cuál cosa es ella la transformación. Ella no tiene olor alguno, sea cual fuere su origen"¹⁰. El sentido, como el dinero, tampoco tiene olor. Es tan imposible seguirlo en su huella, como seguir su huella. El trabajo (de escritura) y las modalidades del proceso de cambio se desvanecen en la transparencia del sentido. "El movimiento que ha servido de intermediario desaparece en su propio resultado, sin dejar huellas"¹¹. Este eclipse de las huellas constituye al mismo tiempo un eclipse de las diferencias, puesto que en este proceso "los diversos productos del trabajo, de hecho son igualados entre sí"¹². El valor no

aparece más que como igualamiento, como nivelación, como homogeneización o pulimento; (y en todos los sentidos del término, como usura). "El capitalismo, escribe Marx, es nivelador de su naturaleza"¹³.

Ciertamente es al nivel del trabajo mismo, en la raíz de la producción en donde este nivelamiento se encuentra en acción. Efectivamente el valor no es expresión del trabajo concreto (al cual oculta), sino expresión del *trabajo abstracto*. Es la reducción de todas las mercancías a lo cuantitativo del trabajo abstracto. Este es el *principio de intercambiabilidad general de las mercancías*. Ahora bien: — y esto nos parece esencial — la misma figura vuelve a hallarse en la esfera del lenguaje. En efecto, así como el trabajo abstracto constituye la medida común de las diversas mercancías, sean cuales fueren sus sustancias y sus propiedades, y así como "la determinación de la cantidad de valor por la duración del trabajo es entonces un secreto oculto bajo el movimiento aparente de los valores de las mercancías"¹⁴, aquello que Derrida ha denominado en trabajos decisivos, *archi-huella* o *archi-escritura*, constituye el esquema que une la forma a toda sustancia gráfica o de otra índole, y ofrece la posibilidad de un sistema significativo indiferente a la sustancia de expresión, y permanece, además, como el elemento invariante de todas las sustituciones entre los diferentes tipos de signos. O bien, para formularlo de otra manera: tal como la cantidad de trabajo abstracto funda la posibilidad del valor y regula las sustituciones entre las mercancías, sea cual fuere el cuerpo de las mercancías cambiadas, así un cierto principio de sistematicidad precedente (anterior en derecho) es la condición de la traductibilidad general de los signos (cambios, reemplazos) la cual (a través de lo arbitrario de sus manifestaciones empíricas) funda la posibilidad de un sentido. La figura es idéntica. Una cierta forma que "imprime a los productos del trabajo el carácter de mercancía" debe "ser considerada en su existencia anterior a toda circulación de mercancías"¹⁵ de la misma manera como la *archi-huella*, en su originalidad irreductible, remite a la posibilidad de un sistema total, abierto a todas las posibles inversiones (*investissements*) de sentido¹⁶. Empero, la homología en todos los planos será completa. Puesto que al igual que la palabra (o la grafía) se constituye sobre la disolución de esta *archi-escritura* ("a partir del movimiento oculto de la huella")¹⁷ puede afirmarse que el trabajo abstracto es la *archi-escritura* (la huella abstracta) que funda el valor de la mercancía y que destruye la escritura monetaria.

Así se denuncia la complicidad existente entre el logocentrismo y el fetichismo del dinero y la mercancía. De modo general, lo mismo que "la circulación derriba los límites que el tiempo, el lugar, el individuo, fijan al cambio de los productos"¹⁸ y hace posible la hipóstasis del valor, el sentido hipostasiado (el logos) resulta no sólo del oculta-

miento del valor productivo de los signos, sino también del poner entre paréntesis las relaciones de producción de los signos. Puesto que “la escisión del producto del trabajo en objeto de utilidad y objeto de valor no se realiza prácticamente más que cuando el cambio ha llegado a ser ya suficientemente importante y extenso como para que los objetos útiles y el carácter de valor de las cosas se observen ya a distancia de su producción”¹⁹, es decir, “cuando el cambio prevalece sobre todas las relaciones de producción”, así también el logocentrismo aparece cuando el valor de uso de los signos es ocultado por la consideración exclusiva de su valor de cambio. El logocentrismo es, pues, el nombre lingüístico de un principio universal dominante de venalidad, fundado sobre el trabajo abstracto.

EL DESVIO DE LA PRODUCCION

Hasta ahora, no hemos examinado al producto económico sino en cuanto exigía un cierto trabajo abstracto. Un trabajo cuya cantidad matemática, expresada en unidad de tiempo, provee “la ley reguladora”²⁰ del principio del cambio de las mercancías. Esta ley reguladora, como hemos indicado, juega en el dominio de las mercancías el mismo papel que la síntesis trascendental de la archi-escritura evocada por el tema de lo arbitrario del signo. Pero el tiempo de trabajo, como la archi-escritura (si se la considera en primer lugar como “una estructura dada”) (principio regulador de la traductibilidad general), no hace intervenir el *trabajo concreto*, aquel “cuya utilidad está representada por el valor de uso de su producto y que hace de este producto un valor de uso”²¹. Ya anotamos antes cuál es el gesto por medio del cual Saussure elimina los medios de producción (y por lo tanto el propio trabajo de producción) del sistema de la lengua. Sin embargo, si también en este punto ha de considerarse el trabajo no solo en su aspecto abstracto (en lo cuantitativo del tiempo de trabajo), sino además en su aspecto concreto, igualmente “la inmotivación de la huella debe ahora entenderse como una operación y no como un estado, como un movimiento activo, una des-motivación, y no como una estructura dada”²². Aquí interviene el concepto de *diferencia*. La diferencia es, pues, el concepto económico que designa la producción de lo diferido, en el doble sentido de este vocablo²³.

Veamos ahora cómo obra este movimiento en la economía política. El producto como valor de uso puede tener, según Marx, una utilidad “inmediata”, o bien puede ser consumido “por sendas desviadas si se trata de un medio de producción”²⁴. En efecto, “el trabajo consume productos para crear productos, o bien, emplea productos como medios

de producción de nuevos productos”²⁵. De aquí se concluye cómo “de considerar el conjunto de este movimiento desde el punto de vista de su resultado, el producto, es evidente que ambos, en su calidad de *medio* y *objeto* de trabajo, se presentan como medios de producción, y el propio trabajo se presenta como trabajo productivo”²⁶. Así, pues, tanto el medio como el objeto de trabajo se hallan enteramente apriisionados en un *desvío*, y el trabajo mismo está fundado sobre un *desvío*. El trabajo representa un uso desviado, y los medios de producción en sí mismos son los instrumentos de un *desvío de la producción*.

En consecuencia, acá nos encontramos de nuevo con los dos conceptos correlativos de diferencia y de reserva. La diferencia, producción de lo diferido. La reserva, “acumulación, capitalización, preservación en la decisión delegada o diferida”²⁷. El trabajo difiere. Difiere “el consumo de los productos como medio de disfrute”²⁸ para ser consumidos como medios de funcionamiento del trabajo. Constituye pues una diferencia entre el principio del placer y el principio de realidad, lo cual equivale a “la posibilidad, en la vida, del desvío, de la diferencia”²⁹. El trabajo concreto es huella, reserva, diferencia. Todo trabajo es un desvío (*détour*); todo disfrute es un atajo (*raccourci*). Lo que es reservado, en la diferencia del consumo, es vertido en el trabajo. “Mas no existe una vida que en primer lugar aparezca como *presente* y que en *seguida* haya de protegerse, diferirse, emplazarse, reservarse en la diferencia”³⁰. Ella es la condición de la *supervivencia*. El movimiento no es el aplazamiento de un placer posible (que ya está ahí), sino el evitamiento, por medio de una estratagema de producción, de una muerte cierta. Es la desviación que *descuenta* un disfrute a largo término, sin la cual ningún disfrute habría sido posible en el instante mismo (sin dilación). La oposición entre el desvío (de sufrimiento y de producción) y el atajo (de disfrute) no será en consecuencia, ni el tema de la sexualidad, ni tampoco el del trabajo; será el fundamento de su instauración y de su separación.

Señalemos, además, cómo a través de la producción de medios de producción, el trabajo es disminuido a largo término. Al lograr que el trabajo se desvíe de su inmediato objetivo (por la construcción de útiles) se aumenta la *productividad* del trabajo. Sea que se trate de máquina-útil o máquina de escritura, “la productividad de la máquina tiene como medida la proporción según la cual ella *reemplaza* al hombre”³¹ (subrayamos). Por ejemplo, las idas y venidas entre la habitación y la fuente de agua son reemplazadas por una canalización cuya fabricación, en un empleo del tiempo modificado, ha introducido, a modo de inciso, un trabajo indirecto con miras a disminuir en término medio al trabajo en general. Es así como la economía política (la más clásica) define los medios de producción (o *capital constante*, al cual, dicho sea

de paso, ella toma por la totalidad del capital, a fin de ocultar mejor el rol de la fuerza de trabajo —capital variable—) como “un stock de bienes intermediarios y susceptibles de reproducirse, cuyo empleo permite mediante desvíos de la producción, el incremento de la productividad del trabajo” (*Barre*).

LA EXPLOTACION DEL TRABAJO

El trabajo concreto, movimiento de producción (huella, diferencia, reserva) es en verdad esta fuerza de escritura, esta “inscripción violenta de una forma, el trazado de una diferencia en una naturaleza o en una materia, que no pueden ser pensadas como tales más que en su oposición a la escritura³² en el trabajo concreto”. “El trabajo”, escribe Marx, “es ante todo un acto que acontece entre el hombre y la naturaleza”³³. El objeto de trabajo se convierte en *materia prima* “después de haber sufrido una modificación cualquiera, efectuada por el trabajo”³⁴. Mas también el hombre “al tiempo que actúa por este movimiento sobre la naturaleza exterior y la modifica, modifica su propia naturaleza”.

Ahora bien: si “la huella es el origen absoluto del sentido en general, lo que equivale a decir que no existe un origen absoluto del sentido en general”³⁵ de igual manera “el trabajo es la sustancia y la medida inherente de los valores, pero él mismo no posee valor alguno”³⁶. No obstante, (hay qué insistir en ello); “la huella es, para Derrida, la diferencia que abre el aparecer de la significación”³⁷, pero esta posición “originaria se coloca *por fuera* de todas las conceptualidades que sólo son ordenadas por ella; se sitúa en un exterior que sólo puede ser designado por una trascendentalidad (tachada), como momento provvisorio. En efecto, incluso para Marx, “la magnitud de valor de una mercancía no representa más que la suma del trabajo incluida en ella”³⁸, si bien precisamente “esta propiedad del trabajo de crear el valor, la distingue de todas las mercancías y como elemento creador de valor, lo excluye de la posibilidad de poseer alguno”³⁹. El origen del sentido de todos los signos, en el movimiento de la diferencia, trasciende el mundo de los signos. El trabajo concreto, la fuerza actuante en el desvío de la producción, funda el valor de todas las mercancías, pese a no ser ella misma una mercancía.

La figura, volvemos a recalcarlo, es homóloga. De una homología que por el momento resulta difícil de sondar en su justa profundidad. Si es preciso tachar, luego de haberlo colocado, el sentido o el origen de la huella; si todo comienza por la huella, aunque ésta carezca de sentido, del mismo modo “en la expresión *valor del trabajo* la idea de

valor se ha extinguido completamente; es una expresión irracional, como lo es por ejemplo la de *valor de la tierra*⁴⁰. ¿Cómo no interrogar conjuntamente, entonces, a esta no-pertenencia esencial del trabajo concreto al mundo del valor, cuyo único "origen" constituye; y a esta no-pertenencia de "la producción de la huella", del "trabajo de la escritura", de la "fuerza de la escritura" al sistema de la significación?

En efecto, es de acuerdo con una misma problemática y una misma figura, como se desarrolla tanto la cuestión de la significación de la huella como la del valor del trabajo. O mejor dicho, la de su no-significación, de su no-valor. Aquello que recubre sin cesar (por un movimiento idéntico) la imposibilidad de su *traducción*.

Lo que Derrida subraya decididamente es que la fuerza de la escritura, como allanamiento, inscribe en una materia un grabado imposible de traducir. "*Una intraducible grabación*". Efectivamente, esta escritura, esta producción de la huella, "no es el desplazamiento de las significaciones en la limpidez de un espacio inmóvil, previamente dado, y la blanca neutralidad de un discurso. De un discurso que podría estar cifrado, sin cesar por ello de ser diáfano. Aquí, la energía no se deja reducir, ella no limita sino que produce el sentido". De este modo, "la metáfora de la traducción como transcripción de un texto original, separaría la fuerza de la extensión, al mantener la exterioridad simple de lo traducido y del traductor"⁴¹. Si por cierto, el trabajo de la escritura no puede dar lugar a "la transparencia de una traducción neutra", el trabajo concreto como fuerza y como cuerpo, como uso y como creación de valor de uso, es también una inscripción jeroglífica que no sufre ninguna sustitución, ningún cambio". "Un cuerpo verbal no se deja traducir o transportar a otra lengua. Es aquello mismo que escapa a la traducción". Asimismo el trabajo concreto no puede evaluarse sin ser *sutilizado*. "En la producción de valor de uso", escribe Marx, "el proceso de trabajo se presenta desde el punto de vista de la calidad. Es una actividad que funciona con medios de producción conformes a una meta, que emplea procedimientos especiales, y que finalmente desemboca en un producto usual. Por el contrario, como producción de valor, el mismo proceso no se presenta más que desde el punto de vista de la cantidad. Aquí se trata únicamente del tiempo que requiere el trabajo para su operación"⁴². Lo que funda la venta de la fuerza de trabajo (su explotación) es el establecimiento de un código de traducción. La esfera de la circulación impone un código de traducción del trabajo. Ella traduce lo intraducible. Hace del trabajo un trabajo asalariado. Desde un punto de vista lingüístico "no hay traducción, ni sistema de traducción, a menos que un código permanente permita sustituir o transformar los significantes, conservando el mismo significado, siempre presente a pesar de la ausencia de uno u otro significante

determinado. La posibilidad radical de la sustitución estaría implicada entonces por la pareja significante/significado, esto es, por el propio concepto de signo”⁴³. Un movimiento idéntico se encuentra en el nivel de la economía. “La diferencia entre el trabajo concreto y el trabajo como fuente de valor” (el cual no aparece más que por la traducción forzada, por el mercado de trabajo) “viene a manifestarse, continúa Marx, como diferencia entre las dos fases de la producción para el mercado”⁴⁴ (subrayamos). La diferencia valor de uso/valor de cambio es, pues, el principio (y está al principio) del mismo ocultamiento (que esta vez verificaremos seguramente), que la diferencia significante/significado. El que la mercancía aparezca ante nosotros como “una cosa de doble faz, valor de uso y valor de cambio”⁴⁵, y también que el signo se presente como una realidad de doble faz, no constituyen dos fenómenos extraños. Por el concepto de signo, el lenguaje discursivo oculta el “trabajo de la escritura” que lo hace posible, así como la forma mercancía disfraza el trabajo y se impone al trabajo que la produce. El transcribir la escritura intranscriptiva del trabajo en valor dinero, y a la inversa, convertir una suma de dinero en fuerza de trabajo como resultado de un mercado, en la esfera de la circulación, constituye la transacción que funda el *beneficio* (capitalista) y la asignación, la imposición del trabajador. Transcribir la escritura no-transcriptiva (aquella que opera) en el elemento comercial del sentido y del lenguaje, es obtener provecho, disfrazándolo, del trabajo de la escritura. Es cierto que en apariencia “la ley de los cambios ha sido rigurosamente observada”, “el vendedor de la fuerza del trabajo, como el vendedor de cualquier otra mercancía, realiza en ella el valor cambiante y aliena de ella el valor usual”⁴⁶; mas lo que no obstante difiere de modo radical de toda otra transacción, es el hecho de que el trabajo sea aquella mercancía incomparable, excepcional, “cuyo valor de uso está dotado de la propiedad singular de ser fuente de valor”⁴⁷. El valor, el dinero (la circulación monetaria) sólo puede concebirse, a partir del trabajo concreto, de la creación de valores de uso, única fuente de todos los valores mercantiles; lo mismo que “es preciso comprender la posibilidad de la escritura que se dice consciente y actuante en el mundo (exterior visible de la grafía, de la literalidad, del devenir literario de la literalidad, etc.), a partir de este trabajo de la escritura”, de esta producción de la huella.⁴⁸

Veamos ahora cómo la noción del valor se superpone a la noción fundadora de trabajo, al enmascararla (por intermedio del dinero); y del mismo modo, la noción de sentido se superpone a la noción fundadora de producción de la huella, al enmascararla (por intermedio de la palabra).

Decir que se la enmascara no es suficiente. Lo que siempre y en todas partes resulta enmascarado, es el valor de uso de los signos (su trabajo, la fábrica del texto). Si la separación entre el valor de cambio del trabajo y su valor de uso (el cual se coloca fuera-de-comercio para hacer posible el cambio) funda y mantiene el beneficio (capitalista), por su parte la ideología dominante oculta el valor de uso de los signos (la escritura y su *productividad* específica), el cual se torna propiamente en lo *inconsciente*. Lo que es inconsciente es el valor de uso de los signos, la productividad de la escritura. El inconsciente es un efecto de la producción "de mercado" (*marchande*), es aquello emanado del trabajo en general (producción concreta, combinatoria, cuerpo), que se coloca fuera-de-comercio para fundar de una manera enmascarada la explotación de la fuerza de trabajo.

La represión del "cuerpo de la huella escrita" es el ocultamiento del trabajo concreto. Y este ocultamiento se efectúa en provecho de quienes cambian el trabajo apenas al *precio* del trabajo abstracto.

Así, pues, no en vano pudo subrayar Marx "la inmensa importancia que posee en la práctica esta mutación de *forma* (subrayamos), la cual hace aparecer a la retribución de la fuerza de trabajo como salario de trabajo, y al precio de la fuerza, como precio de la función, puesto que su cometido es mantener esta apariencia que hace que a primera vista nada distinga al cambio entre capital y trabajo, de la compra y la venta de cualquiera otra mercancía"⁴⁹. Puesto que nada puede retribuir el trabajo en su justo "valor", ya que éste no ingresa en la esfera del valor de mercado (al igual que ningún lenguaje discursivo puede traducir —comprar— una escritura productiva) "la ficción del libre contrato" (de la traducción universal y recíproca dentro del elemento del sentido) no hace sino "promediar y al mismo tiempo disimular"⁵⁰ la esclavitud de la fuerza obrera.

La combinación del trabajador por el capital, que se perpetúa por intermedio de la forma dinero, es entonces idéntico al servilismo de la escritura operatoria que ha sido rebajada por el elemento del sentido, reprimida por la submisión logocéntrica. Someter la escritura a la esfera del cambio (del lenguaje), cuando lo cierto es que la eficacia y la realidad de su acción pertenecen a la producción y al uso (escritura productiva: "poesía", matemáticas, ciencias), equivale a ocultar mediante el brillo del discurso mercader (*marchand*) al trabajo (o al juego) que permite y que mantiene este discurso.

LA EXPLOTACION DE LA ESCRITURA

La escritura ha sido por siempre fiscalizada, consignada, impuesta, asignada, por una palabra plena. Estos términos deben significar acá

una tachadura, un ocultamiento (por la fuerza política), al mismo tiempo que una explotación de la fuerza de trabajo. La palabra se impone a la escritura al igual que el trabajo es *fiscalizado* por la ideología dominante. (Es vituperado al mismo tiempo que sirve; no es más que una tarea). El disimulo histórico del texto, el *desclasamiento* de la escritura, es la censura proyectada sobre la fábrica (trabajo, estructura) del valor de uso que mantiene el valor y el sentido. Significa la dominación (política) de una clase, sobre una clase obrera.

Podemos así enunciar ahora con mayor precisión cómo el efecto de sentido nace de una cierta separación enmascarada entre la inscripción laboriosa (la escritura operatoria) y la pseudo-transcripción monetaria o lingüística. Al igual que el capitalismo se instala en la diferencia “entre el precio de la fuerza de trabajo y el valor que ella crea por su función”⁵¹, todo ocurre en el discurso logocéntrico como si el significado se beneficiase del significante para aparecer —aunque sería capaz de subsistir sin él—. El significado es la renta del significante, la *plusvalía* del trabajo de los signos. Hablar, como hace Merleau-Ponty, de una “superación del significante por el significado, la cual se hace posible por la virtud misma del significado”, ¿no equivale a comprobar, en el registro del lenguaje, cómo “los medios de producción son transformados en mercancías cuyo valor excede el valor de sus elementos constitutivos”? El mismo Merleau-Ponty dice (inmejorablemente) cómo “la maravilla del lenguaje consiste en hacerse olvidar”. La escritura “no es sino el mínimo de ‘mise en scène’ necesaria a cualquier operación invisible. La expresión se borra ante lo expresado, y por ello su rol de mediador puede pasar desapercibido”⁵². El trabajo de las palabras se sublima en el elemento del sentido. Sean cuales fueren el trabajo, la operación de la escritura, existe un fondo (una renta) capaz de emanciparse de los signos (de la forma). Creer así que el fondo es separable de la forma, es adoptar el mismo gesto del “capitalismo que sabe que todas las mercancías, sea cual fuere su aspecto abominable y su desagradable olor, son verdadera y realmente dinero” “y por si fuera poco, medios maravillosos de aumentar incessantemente el dinero por el dinero”⁵³... En el movimiento que va del dinero a la mercancía y de la mercancía al dinero, el medio importa poco. El dinero dará dinero. “Los actos que podrían sucederse entre la compra y la venta, fuera de la esfera de la circulación, no cambian nada en este movimiento”⁵⁴ (subrayamos).

Digamos entonces cómo todo trabajo sobre las palabras, que sólo tenga en mira el beneficio de un sentido desasible de su función (lenguaje discursivo, expresivo), corresponde al movimiento de valorización de un “capital industrial”. Lo que se busca es hacer trabajar a la escritura para lograr el máximo posible de sentido. Podemos así enunciar

cómo en el límite (límite que es el de la filosofía idealista) la reabsorción de toda huella (de todo trabajo) en la presencia plena del sentido, corresponde en todos sus puntos al movimiento de valorización de un *capital usurario* o bien, de manera general, a la ignorancia (a la dispensa) de todo trabajo, de todo médium entre valor y valor. “En el capital usurario la forma A-M-A es conducida por supresión del término medio, a la forma A-A, del dinero que se cambia por dinero”⁵⁵. Tal como la forma dinero, separada de toda huella de trabajo, de toda relación con la mercancía, permite la *especulación* financiera, la hipóstasis del valor de cambio de las palabras en un elemento propio, permite la *especulación* filosófica. “El valor se torna en valor progresivo, en dinero progresivo, y como tal, en capital. Sale de la circulación, entra en ella, se mantiene y se multiplica en ella, sale de allí aumentado y vuelve a comenzar incessantemente el mismo ciclo A-A, es decir, dinero que incuba dinero”⁵⁶. Esta circulación “abreviada, en su resultado, sin los términos intermediarios”⁵⁷ es la fundadora de la filosofía especulativa idealista, que establece un corto circuito en el valor de uso de los signos (el trabajo de la escritura) para instalarse en el elemento de un logos dentro del cual se reabsorben (se evalúan, se aprecian) todas las cosas —lo mismo que— para la moneda “al no revelar ésta la materia a la cual reemplaza, toda cosa, mercancías o no, se transforman en moneda”⁵⁸.

Con todo, aunque “nada resiste a esta alquimia”, ella no es en modo alguno, en sí misma, creación de valor. Ella desplaza y concentra el valor (lo almacena y lo ahorra) si bien no lo crea. Del mismo modo que la especulación no-operatoria (no-escrita) permanece vacía, improductiva, la circulación y el cambio “no crean absolutamente ningún valor”⁵⁹. Y si el sentido aparece en el cambio, no es creado por el cambio, sino por una operación, un uso que le es sustraído, extraído. Lo mismo que la “plus-valía no podría resultar de la circulación y en el momento de su formación debe verificarse fuera de ella, algo que se le oculta”⁶⁰ el lenguaje se *beneficia* de una operación que es ocultada por el fulgor del sentido.

El álgebra y la filosofía (especulativa idealista) aparecen así como dos modos de *economía*. Empero, la una se realiza dentro de la esfera del uso (la abreviación algebraica permite operaciones que incrementan la productividad de los signos) en tanto que el otro (explotación usuraria, “circulación abreviada”) se realiza en la esfera del cambio. De manera más general pueden definirse dos formalismos: el uno, ligado al valor de uso de los signos, a su producción y a su consumo productivo, *formalismo operatorio* (matemática, lógica, “poesía”); y el otro, que sólo se liga al valor de cambio de los signos, corresponde a la función puramente monetaria, y confunde “el valor de uso formal que

brota de la función social específica”⁶¹ de los signos con el valor real, productivo. Este formalismo, tanto en la lengua como en la economía, puede dar lugar a una *inflación*. La economía cursiva y discursiva, financiera y monetaria, no es, pues, una abreviación algebraica, sino una apenas abreviación estenográfica (no operatoria, no combinatoria) la cual, por extrapolación e interpolación fuera de toda *función* (trazado y funcionamiento), puede dar origen a la fluidez, a la discursividad corriente y transparente de la dilución, en el curso del flujo monetario (de la *liquidez*) como renta separada de la operación.

La desenunciación por el texto (Sollers⁶²) es por el contrario, el movimiento de *deflación*, de devaluación generalizada, que después del krach y de la *bancarrota* logocéntrica, habrá de sacar a la luz la operación de la escritura de la cual se han beneficiado, enmascarándola, todas las especulaciones.

De este modo, el lenguaje discursivo es el ocultamiento del desvío de producción que lo mantiene. El lenguaje se dispensa de la operación de escritura al explotarla disimuladamente. Lo que se enmascara así de manera general es el valor de uso de los *elementos combinatorios*, tanto como producto (resultado del trabajo) que como medio de producción de otros productos. El concepto de *signo* pertenece únicamente a la esfera de cambio (especular), al igual que el de mercancía no designa al producto sino en la esfera del mercado —(“aquella escena en donde se hacen los cambios”—).

Junto con el *uso* no solamente es ocultado el trabajo (algebraico) de los elementos, “el uso por sendas desviadas”, sino también el juego (sexual) de los elementos, es decir, el uso inmediato (el disfrute) en el atajo combinatorio del juego de las palabras (como material⁶³). El disimulo de la esfera del uso cumplido por la esfera de la circulación (de la escritura por el sentido) se refiere entonces a la vez al trabajo y al sexo. En esta forma, afecta a los dos polos que los representa en una combinatoria generalizada de los elementos (una *combinatórica*) matemática y poesía.

CAPITAL/TRABAJO

“Escritura, trabajo”. “Sentido, valor”. “Explotación de la escritura, explotación del trabajo”... Sin duda resulta difícil sondear los linderos y las salientes de esta correspondencia, de esta fiel homología. Mas la complicidad es indudable. “La subordinación de la huella a la presencia plena resumida en el logos, la humillación de la escritura por debajo de una palabra que añora su plenitud”, “la represión logocéntrica que se organiza para excluir o humillar, para colocar afuera o debajo, como

metáfora didáctica y técnica, como materia servil o excremento, al cuerpo de la huella escrita”⁶³, tiene *la misma figura* que la explotación de la clase obrera a manos de la clase política dominante, y corresponde en todos los puntos a la extorsión (más o menos camouflada según las épocas históricas) del sobretrabajo que mantiene a esta clase.

La taxación del trabajo, la reabsorción de su producto en el valor, no se distingue en nada de la disolución de la huella por el logos (ley, lectura, ligadura). El abierto menosprecio de Platón por la escritura, significa así la extorsión abierta (en el esclavismo) del sobretrabajo. El filósofo es dispensado de manera abierta de la escritura, al igual que la clase dominante es dispensada del trabajo. La dispensa del desvío de la producción mantiene la palabra política (que evoluciona en la inmediatez y la evidencia del sentido) e *impone* en revancha el trabajo productor. Así mismo, el desconocimiento del valor de uso específico de la escritura y su disimulo en la transparencia universal del cambio (su desclasamiento relativo) corresponden al momento capitalista del camouflaje de la extorsión del sobretrabajo bajo el aspecto del libre contrato (el cual se efectúa en la esfera del cambio).

El logocentrismo se instala en el efecto de atajo producido por el sobredesvío que él mismo impone. Así, la composición de la escritura entre el atajo y el desvío (la escritura poética) se ha tornado inaccesible por la escisión entre un trabajo que es ciego a todo aquello cuyo desvío constituye, y un atajo (una dispensa) que ignora al mismo desvío al cual escapa. El logocentrismo es, pues, el efecto de *desviación del desvío* (en provecho de una clase-que “consume siempre sin producir”).

El pensamiento hegeliano puede ser interpretado a posteriori como un esfuerzo heroico, aunque unilateral, para sacudir la chapa logocéntrica (antes de ser aplastada por ella). Para arribar a la ciencia (según Hegel) es preciso recorrer todos los momentos de “este camino a través del cual se alcanza el concepto del saber”. Por cierto que “la verdad”, como escribe muy significativamente, “no es una moneda acuñada que sin más, esté lista para ser gastada y almacenada”⁸⁴. El *camino* hegeliano es entonces la huella (el desvío) que habrá de dar todo su sentido (su valor) a la verdad (a la moneda acuñada). Es el ensueño de una huella laboriosa que pese a todo se habría conservado en este *sublimado monetario* según el término empleado por Marx. La verdad, sigue diciendo Hegel, no debe ser “como el producto dentro del cual no se encuentra ya huella alguna del útil”. Mas *al fin de cuentas* es “la supresión de las diferencias”. La verdad vuelve a encontrarse en su elemento. El análisis de Marx, por el contrario, al tomar al pie de la letra el largo camino, la huella del trabajo, el penoso desvío (de la producción), al denunciar la ilusión monetaria del valor como disimulo de la explota-

ción de la fuerza de trabajo, al descubrir el secreto del fetichismo del dinero y de la mercancía, corre en su misma raíz al sistema del signo.

Así, pues, de una parte, las relaciones entre el capital y el trabajo, y de otra, el inconsciente y el consciente, ven revelados (y unificados) sus designios en las relaciones entre la palabra (el sentido) y la escritura (la operación de escritura). De la manera cómo, según Freud, "el fenómeno inexplicado de la conciencia surge en el sistema de la percepción, en el lugar de las huellas durables", la ideología dominante se instala en el lugar del trabajo productor que lo mantiene. El sentido se beneficia de la escritura que lo hace posible.

Se cumple, pues, una usurpación esencial, que actúa en todos los niveles. Mediante un mismo gesto, una cierta economía de explotación reabsorbe el significante en favor del significado, (al instaurar esta distinción) reduce la fábrica de la escritura a su sentido y la inscripción del trabajo al valor de su factura.

A partir de este punto, empero, forzar la clausura que encierra la eficacia de la huella (que la asigna y se le impone) equivale a propender hacia una cierta vertiente en donde la fuerza y el producto del trabajo no sean objeto de ninguna traducción (—de ninguna imposición de precio, ninguna especulación—). En lo sucesivo, la separación entre la inscripción (la huella laboriosa) y la pseudo-transcripción (el valor, la moneda) que constituye un sistema con la oposición inconsciente/consciente, trabajo/capital, estaría encaminándose hacia su anulación. La fuerza de trabajo podría ingresar en su espacio propio de escritura generalizada, composición del desvío y del atajo, de una historia textual, que excluye toda hipóstasis del sentido.

Publicado con autorización del autor.

N O T A S

- ¹ El subrayado es nuestro.
- ² *El Capital*, I, Cap. I.
- ³ *Idem*.
- ⁴ *Idem*.
- ⁵ *Cours de linguistique générale*, pág. 164.
- ⁶ *El Capital*, I, Cap. III.
- ⁷ "Un terreno inculto no tiene ningún valor porque ningún trabajo humano se halla representado en él". (Cap. III).
- ⁸ Saussure, *Cours de linguistique générale*, págs. 165-166.
- ⁹ *El Capital*, I, Cap. III.
- ¹⁰ *Idem*.
- ¹¹ *Idem*
- ¹² *El Capital*, I, Cap. III.
- ¹³ *Idem*, Cap. XV. Sobre el tema de la moneda y de la nivelación copiamos aquí otra formulación. "En la moneda se han borrado todas las distinciones cualitativas de las mercancías; la moneda, niveladora radical, hace desaparecer todas las diferencias". (Cap. III).
- ¹⁴ *El Capital*, I, Cap. III.
- ¹⁵ *Idem*, I, Cap. I.
- ¹⁶ *De la Grammatologie*, pág. 67.
- ¹⁷ *Idem*.
- ¹⁸ *El Capital*, I, Cap. III.
- ¹⁹ *Idem*, Cap. I.
- ²⁰ *Idem*, Cap. I.
- ²¹ *Idem*, Cap. I.
- ²² *De la Grammatologie*, pág. 74.
- ²³ *Idem*, pág. 38.
- ²⁴ *El Capital*, I, Cap. I.
- ²⁵ *Idem*, Cap. VII.
- ²⁶ *Idem*, Cap. VII.
- ²⁷ *L'écriture et la difference*, pág. 285.
- ²⁸ *El Capital*, I, Cap. VII.
- ²⁹ *L'écriture et la difference*, pág. 295.
- ³⁰ *Idem*, pág. 302.
- ³¹ *El Capital*, I, Cap. XV.

- ⁵² *L'écriture et la difference*, pág. 317.
- ⁵³ *El Capital*, I, Cap. VII.
- ⁵⁴ *Idem*.
- ⁵⁵ *De la Grammatologie*, pág. 95.
- ⁵⁶ *El Capital*, I, Cap. XIX
- ⁵⁷ *De la Grammatologie*, pág. 95.
- ⁵⁸ *El Capital*, I, Cap. I (*y Contribución a la Crítica de la Economía Política*).
- ⁵⁹ *Idem*, Cap. XIX.
- ⁶⁰ *Idem*.
- ⁶¹ *L'écriture et la difference*, pág. 336.
- ⁶² *El Capital*, I, Cap. VII.
- ⁶³ *L'écriture et la difference*, pág. 311.
- ⁶⁴ *El Capital*, I, Cap. VII.
- ⁶⁵ *Idem*, Cap. I.
- ⁶⁶ *Idem*, Cap. VII.
- ⁶⁷ *Idem*, Cap. IV.
- ⁶⁸ *L'écriture et la difference*, pág. 344.
- ⁶⁹ *El Capital*, I, Cap. XIX.
- ⁷⁰ *Idem*.
- ⁷¹ *Idem*.
- ⁷² *Phénoménologie de la Perception*. Parte III. Cap. I.
- ⁷³ *El Capital*, I, Cap. IV.
- ⁷⁴ *Idem*. También puede escribirse, teniendo en cuenta esta vez el rol del capital comercial que el *fondo*, opuesto a la forma, no representa otra cosa distinta del *fondo de comercio*. Un fondo de comercio, en efecto, se compone de diversos elementos materiales, mercancías, máquinas, inmuebles, etc.... “Mas la existencia de éste no supone necesariamente la de todos estos elementos. Algunos de ellos pueden faltar, y no obstante existe un fondo de comercio”. Y sin embargo “hay un elemento esencial sin el cual no puede hablarse de fondo de comercio, es la *clientela*”. “Es el derecho a la clientela lo que constituye la esencia misma del fondo de comercio” (según Bertrand-Durtis, *Leçon sur la fiscalité*). Así aparece cómo el *fondo* (económico) y el *fondo* (lingüístico) designan esta abstracción (hipostasiada por la ideología y por el derecho) la cual resulta de las relaciones de cambio (compra y venta; diálogo, traducción), en cuanto han adquirido una amplitud y una frecuencia aseguradas.
- ⁷⁵ *Idem*. Cap. IV.
- ⁷⁶ *Idem*.
- ⁷⁷ *Idem*.
- ⁷⁸ *Idem*, Cap. III.
- ⁷⁹ *Idem*, Cap. IV. - Agreguemos aquí que toda mercancía por el hecho de ser valor hace parte de un conjunto dotado de una relación interna de equivalencia. Las propiedades de las cuales disfruta un conjunto semejante son las siguientes: *reflexividad* (todo elemento *a* es equivalente a sí mismo); *simetría* (si *a* es equivalente a *b*, *b* es equivalente a *a*); y *transitividad* (si *a* es equivalente a *b*, y *b* es equivalente a *c*, entonces *a* es equivalente a *c*). Pero además, por ser mercancías (determinadas por un valor), todos los productos pueden figurar en una *escala única*. Por cuanto la sola determinación que *cuenta* es en efecto cuantitativa (cantidad que puede expresarse en unidades comunes), el conjunto de las mercancías es definido, para seguir empleando el lenguaje de la teoría de los conjuntos, por una *relación interna de orden*. Y más exactamente, por una relación interna de orden denominada “total” o “linear”. El conjunto de las mercancías, es pues, un conjunto dotado de una cierta estructura interna definida *exclusivamente* por 1) la relación de equivalencia, 2) la relación interna de orden. Así el Código burgués por estar sometido a la lógica del dinero y de la mercancía (esto es, a la reducción del mismo *orden* en la linearidad de lo cuantitativo) es de una pobreza

muy particular. Todos los tipos de relaciones complejas entre *varios conjuntos* (las aplicaciones: sobreyecciones, biyecciones, inyecciones, etc.) y los modos de junciones delinearizadas (arbustos, árboles, etc.) que intervienen, como lo ha mostrado Kristeva, en el lenguaje poético, no puede manifestarse así al nivel de su código usual, sin que una prohibición económica venga a imponerles la carga de irregularidades ilegibles.

⁶⁰ *El Capital*, I, Cap. IV.

⁶¹ *Idem*, Cap. II.

⁶² "La science de Lautréamont" (en *Critique*, N° 245).

⁶³ Cf. Freud: "en cuanto el niño aprende el vocabulario de su lengua materna, se complace en 'experimentar este patrimonio de manera lúdica' (Groos). Acopla las palabras sin preocuparse de su sentido, para gozar del placer del ritmo y de la rima. Este placer le es progresivamente prohibido al niño hasta el día cuando finalmente solo le son toleradas las asociaciones de palabras de acuerdo con su sentido". (*El chiste y sus relaciones con el inconsciente*).

⁶⁴ *Fenomenología del Espíritu* (Prefacio).